

---

## Capítulo CXI.

---

Donde se verá que gracias á su elocuencia pudo calmar el conquistador de Méjico la impaciencia de sus soldados.

Preocupado Cortés por la elevosía de que habia estado á punto de ser víctima, pero dando gracias á la Providencia por haberle proporcionado los medios de descubrir aquella infame trama, despues de oír misa, salió de nuevo con su ejército en direccion á la ciudad.

El tiempo que habia trascurrido en las escenas de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, lo habian empleado los mejicanos en desembarazar los puentes y hacer baluartes.

En el momento en que se retiraron los españoles, con picos y palas habian abierto lo que habian cegado aquellos, y con los materiales que sacaban construyeron albarradas.

De este modo, en breve tiempo fortificaron la ciudad como estaba anteriormente.

Dos dias y dos noches habian empleado en esta faena, y como se hallaban faltos de sueño y cansados por las fatigas de la pelea, perecieron muchos durante las obras.

Mucho sintió Certés tener que travar una lucha para recuperar lo perdido; pero no quedándoles otro remedio, comenzó su peligrosa tarea.

Combatió dos puentes con sus albarradas, y aunque con gran trabajo, logró ganarlos.

Duró el combate desde las ocho de la mañana hasta despues de mediodía.

Se gastó toda la pólvora y balas, y todas las saetas que los ballesteros llevaban.

Mucho trabajo les costó cegar los puentes, porque al cansancio que sentia se unia el malestar que experimentaban por lo abrasador del dia.

Al retirarse tuvieron algunas bajas.

Los enemigos cargaban sobre ellos como si fueran huyendo, y venian tan ciegos y luchaban con tal desesperacion, que ni siquiera advertian las celadas que les ponian los de á caballo, en las que perecian á centenares.

Sin embargo de estas pérdidas, no retrocedian, y pugnaban por arrojar á sus enemigos de la ciudad.

Pedro de Alvarado ganó tambien en este dia dos puentes de su calzada y quemó algunas casas, auxiliado por los bergantines.

Tambien mató muchos enemigos.

Los españoles empezaban á cansarse de lo estéril

de las luchas que venian sosteniendo, y se oian exclamaciones como estas:

—Yo no sé qué plan es el de nuestro caudillo,—decia uno; —pero la verdad es que estas luchas no tienen término.

—Naturalmente, lo que ganamos en un dia lo perdemos en otro.

—De qué nos sirve tomar un puente, destruir una albarrada, si al retirarnos dejamos á nuestros enemigos en libertad de apoderarse de nuevo de él, de construir nuevos baluartes?

—Mientras no conservemos el terreno ganado y asentemos nuestros reales á medida que vayamos avanzando, derramaremos nuestra sangre sin ventaja alguna.

—Además, no hay cuerpo que resista estas incessantes escaramuzas.

—¿Y qué decís,—exclamaba un soldado gordiflon,—de los peligros que corremos con tanto pasar á nado? Yo hasta ahora, á Dios gracias, no me he visto en ese caso; de lo contrario, me hubiera ahogado, porque no es mi fuerte la natacion.

—Es preciso que hagamos ver á Cortés lo equivocado que está en sus planes. Si no accede á que establezcamos nuestros reales en el terreno que vamos ganando, al ménos que conservemos los puentes que vayamos tomando, reforzándolos convenientemente.

Estas palabras fueron acogidas benévolamente, y nombraron á dos de los circunstantes para participar aquel acuerdo al ilustre caudillo.

Pidieron permiso para presentarse á él, y despues de mil protestas de fidelidad, y disculpando su atrevimiento, le comunicaron la mision que les habian confiado sus compañeros.

—No me extraña ciertamente, que fatigados por las rudas luchas que venimos sosteniendo, empiece á debilitarse el entusiasmo en mis filas; pero voy á demostraros palpablemente que no es posible adoptar otro plan diferente del que seguimos.

Si asentásemos nuestros reales en la plaza, nos podrian cercar nuestros enemigos. La ciudad es grande, y el número de sus vecinos infinito. De forma que los que hemos venido á sitiar la ciudad, seríamos á nuestra vez sitiados, y pereceríamos de hambre.

Respecto á conservar los puentes que vamos ganando, se tropieza tambien con dos graves inconvenientes.

El número de españoles es muy reducido, y además, quedando cansados por las batallas que durante el dia reñimos con los mejicanos, no podrian pelear de noche. Por otra parte, si confiásemos esta mision á nuestros aliados, seria dudosa la defensa y cierta la pérdida ó desbarate.

Por lo tanto, confiando en vuestra adhesion, en vuestro valor, en las infinitas pruebas de disciplina que me habeis dado desde que abandonamos la madre pátria, cuento con vosotros para todas las eventualidades de la campaña, y al mismo tiempo os aseguro que no tendreis que arrepentiros de haber seguido la inspiracion de vuestro jefe.

Los soldados se retiraron á comunicar á sus compañeros el resultado de su encargo.

La tranquilidad renació de nuevo, y los que más habia vituperado al ilustre caudillo fueron los primeros en reconocer lo acertado de su determinacion,

Cortés, como es de suponer, habia tenido que dominarse mucho para no castigar aquella falta de respeto de sus subordinados.

Pero no era esta la primera vez que se habia doblegado ante la fuerza imperiosa de los circunstancias; y por la otra parte, disculpaba el atrevimiento de sus soldados, en gracia del valor con que habian arrojado tan inminentes peligros.

Se hallaba reflexionando acerca de las funestas consecuencias que habrian sobrevenido si no hubiera logrado llevar el convencimiento al ánimo de los descontentos, cuando le sorprendió agradablemente la llegada de unos embajadores que mandaban los pueblos de Iztaepalapa, Mexicalcingo, Cluitlanac, y otros lugares próximos á la laguna Dulce.

Veamos lo que habia pasado.

---

## Capítulo CXII.

---

En el que se dá cuenta de las nuevas tribus que acudian á solicitar amistad con los españoles.

Eran los de Chalco tan fieles amigos de los españoles, y sentian tan irreconciliable ódio hácia los mejicanos, que convocaron muchos pueblos é hicieron cruda guerra á los de las ciudades citadas, que aun no eran aliadas de Cortés, por más que no le hubiesen hostilizado desde que puso sitio á Méjico.

Por esta razon enviaron aquellos embajadores á conferenciar con el ilustre conquistador.

—Venimos á rogaros, gran señor, —le dijeron,— que nos perdoneis si no hemos acudido antes á ofrecer nuestro respecto y sincera adhesion. Tributarios de Méjico, no osábamos desobedecer las órdenes del emperador, que continuamente nos amenazaba con crueles castigos si pactábamos alianza con vos.

Pero la fama de vuestras hazañas ha llegado hasta nosotros, hemos comprendido que debe ser un enviado del cielo el que ha podido llevarlas á cabo, y no hemos dudado en venir á solicitar paz y amistad, confiando en vuestra proverbial generosidad.

Al mismo tiempo, permitidnos que impetremos vuestro amparo.

Nuestros vecinos los de Chalco, y aliados vuestros, nos hacen cruda guerra. Mandadles que no nos molesten en lo sucesivo, toda vez que deseamos compartir con ellos, en vuestra defensa, las fatigas de los combates.

—Podeis estar seguros sobre ese particular,—contestó Hernan Cortés,—porque desde hoy quedais bajo mi protección. Pero para convencerme de la sinceridad de vuestra alianza, necesito pruebas. Es preciso, pues, que vengan vuestros hermanos á incorporarse con mis huestes, y que traigan las canoas que tienen.

Además, necesito con urgencia construir casas para alojar cómodamente á mis soldados y resguardarlos de los frecuentes temporales que aquí sufrimos. Que vengan á ayudarnos en esta tarea, y nuestro pacto quedará formado en acabando las obras.

Los embajadores partieron, y en breve llegaron numerosos indios á ponerse á las órdenes de Cortés para comenzar las construcciones que proyectaba.

Con tan poderosos auxiliares se levantaron como por encanto casas suficientes para albergar, no sólo á los españoles, sino hasta á dos mil indios.

A haber sido necesario, se hubieran hecho más casas.

Pero los que estaban en Culhuacan dormían á cubrir de la intemperie.

Estos nuevos aliados, cuyo concurso era tan provechoso á los españoles, trajeron pan, pescado y mucha fruta.

Hay en aquella comarca tal abundancia de cerezas, cuya cosecha dura seis meses, que hay para abastecer todo el año á aquellos indígenas.

Cada día veía Cortés más próximo el momento de apoderarse de Méjico.

Todos los pueblos y tribus importantes eran aliados suyos.

Bien es verdad que á unos atraía el interés y á otros la curiosidad.

Pero de cualquier modo, lo cierto es que las huestes del ilustre conquistador se elevaban á doscientos mil hombres.

Con tan poderosos elementos podían emprenderse las operaciones en grande escala.

Se propuso desde luego ganar y allanar la calle y calzada que hay desde Tlacopan, por ser muy principal y tener siete puentes.

Una vez conseguido esto, estaría en comunicación con Pedro de Alvarado, con lo que adelantaría mucho terreno para sus planes.

Al efecto mandó emisarios á los caciques de Iztacpalapa, Mexicalcingo, Cluitlauac, Chalco, Culhuacan y otros pueblos de la laguna Dulce, con el objeto de que

le enviasen inmediatamente todos los barcos que tuviesen.

Reunió, pues, tres mil, y los distribuyó por partes iguales entre ambas lagunas, poniendo además tres bergantines en una y cuatro en la otra.

Dió orden de que recorriesen la ciudad, incendiasen casas é hicieran todo el daño posible.

Mandó que todo su ejército entrase en la ciudad á sangre y fuego, y el se dirigió por la calle de Tlacopan con ochenta mil hombres.

Ganó tres puentes, y los cegó.

Dejó los restantes para el día siguiente, y regresó á su puesto.

Muy de madrugada ya era dueño de gran parte de la ciudad, y sin embargo, Guatimozin no manifestaba deseos de ajustar la paz.

Mucho sentia Cortés que se obstinase en la lucha, porque le era sensible continuar haciendo víctimas, y le dolian aún más las que le ocasionaban en sus filas los enemigos.

Las frecuentes victorias que alcanzaba Hernan Cortés despertaron viva emulacion en Pedro de Alvarado.

—Es preciso,—dijo á sus soldados,—pasar nuestros reales á la plaza de Tlatelulco. Nos cuesta mucho trabajo conservar los puentes que vamos ganando, y además seria mengua para nosotros, que estando tan cerca de la plaza, la tomase Cortés antes.

Salvemos los puentes que aun nos separan de ella,

y una vez conseguido esto, nos será fácil terminar nuestro proyecto.

Fué, pues, con toda la gente de su guarnicion, llegó á un puente que tendria unos sesenta piés de largo.

Combatió con ayuda de los bergantines, y en breve se vió al otro lado.

Dejó allí parte de los soldados que llevaba ocupados en cegar el puente, y con unos cincuenta continuó avanzando.

Los de á caballo no pudieron seguirle, porque las condiciones del terreno no lo permitian.

Los de la ciudad, al ver tan exiguas fuerzas, cayeron sobre él tan repentinamente y con tal denuedo, que le hicieron volver las espaldas y echarse á nado para escapar de sus manos.

Desastrosa en extremo fué para sus tropas aquella tentativa.

Los mejicanos mataron muchos indios, y prendieron á cuatro españoles.

Estos infelices fueron sacrificados y devorados por sus vencedores.

Alvarado se contristó mucho al ver las funestas consecuencias que le habia ocasionado un plan tan imprudente.

—Es una locura la que he cometido,—exclamaba;—bien dice nuestro caudillo, que no se debe avanzar sin dejar primero llano el camino. Y lo que más me dae, es que por causa mia hayan perecido tantos infelices.

Hernan Cortés, cuando tuvo noticias de estas desgracias, fué á ver á Pedro de Alvarado, y le reprendió por su falta de prevision.

Le dió instrucciones respecto á lo que debia hacer, y se volvió á sus reales.

---

### Capítulo CXIII.

---

Donde el lector verá el riesgo que corrió Cortés, y cómo se salvó milagrosamente.

No se decidia Cortés, á pesar del espíritu que dominaba en sus tropas, á trasladar sus reales á la plaza.

Confiaba en que Guatimozin capitularia, y además comprendia el peligro que correrian sus huestes contra fuerzas tan compactas.

En efecto; en torno del supremo estandarte del imperio ondeaba la matizada enseña de Zopanco; la lúgubre enseña de Mexilcalcenco, que es negra con estrellas rojas; la argentada de Tepépolco, que deslumbra con su brillo al desplegar el viento su pelicano colorido; la de Tula, ostentando en campo verde sus dos torres de nácar; la de Xochimilco, que jamás vió por tierra su cocodrilo azul; la de Atlixco, cuyas guirnal-